

EL INFIERNO VERDE

Al descender del barco caía sobre Río un chirimirí cantábrico que desvirtuaba por completo todas las ensoñaciones gestadas en Europa. Aquello, más que la mítica ciudad del Trópico, parecía Rotterdam. Y la bahía de Guanabara, oculta bajo la bruma, nos devolvía, traspuesta a América, la imagen romántica de las rías gallegas. Parecía como si la travesía hubiera sido un sueño, del que ahora despertábamos para encontrarnos de nuevo en el punto de partida: Vigo, los pañuelos de los emigrantes, la última sirena, el soltar de las amarras.

Más tarde, el chirimirí se transformó en lluvia. Sonó un trueno. Se desencadenó el diluvio. La ciu-

dad se convirtió en un inmenso charco, por el que flotaban los automóviles, intentando orientarse a través del muro de agua que se precipitaba sobre las palmeras y arrancaba de ellas unos olores

minados por el sol, comenzaron a ordenarse los elementos según la lógica de la propaganda turística: el Pan de Azúcar, el Corcovado, las playas de Copacabana e Ipanema, el estadio de Maracanã...

Carlos Trías

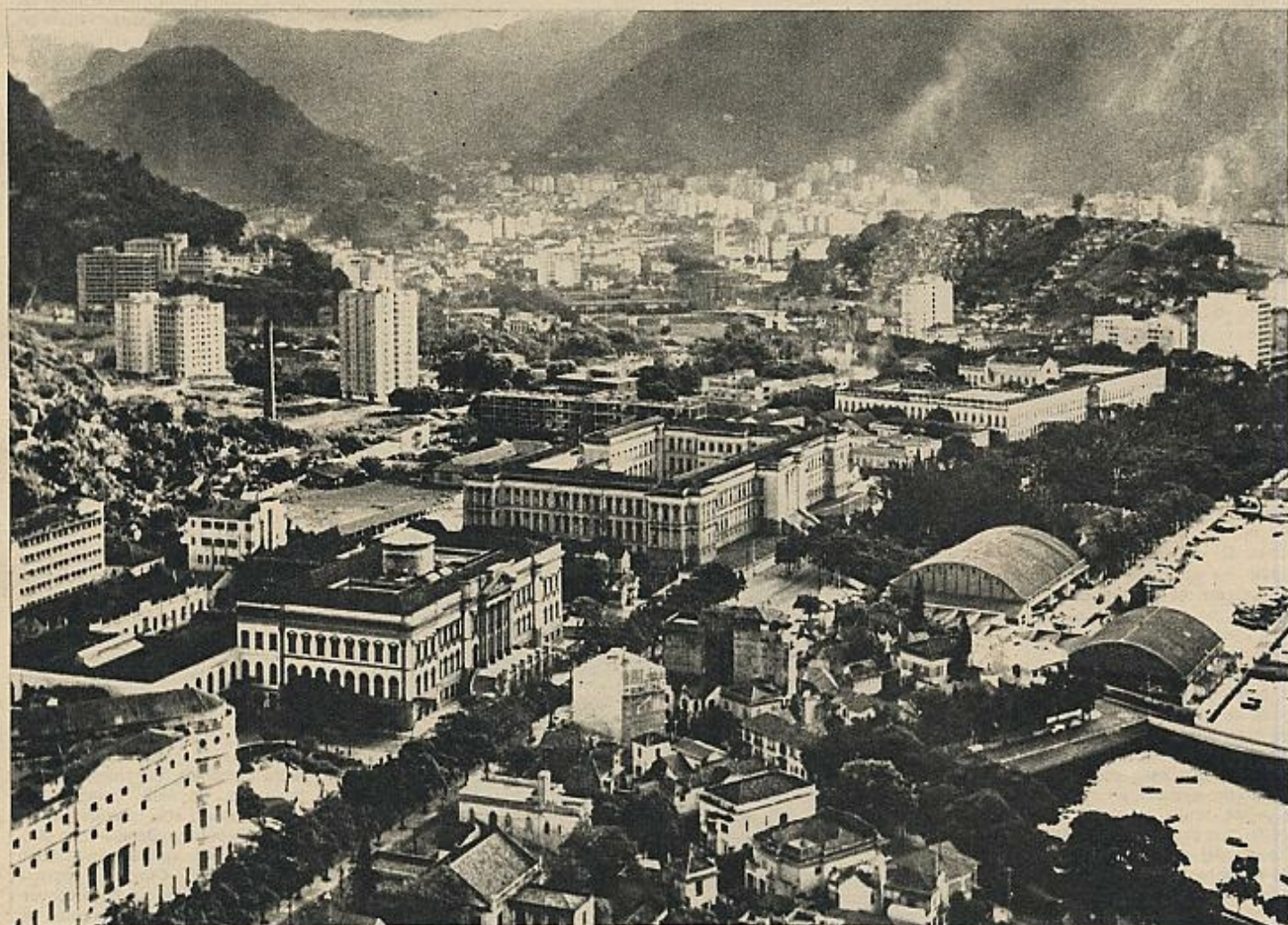
por fin «extraños». Y con el diluvio, llegó la primera imagen de un mundo contradictorio: en medio de la calzada, revolcándose en el agua y alzando los brazos al cielo, un negro se convulsionaba, víctima de un ataque epiléptico.

La bruma tardó en disiparse. Y cuando lo hizo, cayó sobre el asfalto un chorro de luz perpendicular que no producía sombras. Ilu-

Contábamos ya con el marco. Sólo faltaba el movimiento. Y sin embargo, al doblar una esquina, tropezamos con una multitud de mulatos que avanzaba a sístoles y diástoles, siguiendo el ritmo de los más variados instrumentos de percusión. Todo parecía volver a la normalidad. Es decir: ya estábamos en el Río que esperábamos ver. Y a partir de ese momen-

to, y durante un tiempo, vimos a Río —y al Brasil en general— desde esa óptica: mezcla de sorpresa y constatación, visión estática de una totalidad aparentemente nueva, experimentación sobre el terreno, y con una actitud de pretendido asombro, de las sensaciones que habíamos esperado encontrar.

Tuvieron que pasar unos días para que junto a este mundo de danzas, ritos y paisajes paradisíacos, apareciera otro mundo, no menos abigarrado, que, al fundirse con el primero, creaba un conjunto entre sagrado y demoníaco. Brotó de un modo progresivo, tímidamente al principio, como resistiéndose a abandonar su refugio natural en el subsuelo, para



«Río —Brasil— empezaba a revelarse, aunque todavía a nivel de apariencias, como el gran país de los contrastes». (Vista de la antigua capital: a la derecha, el club náutico; izquierda: edificios de la Universidad, en el barrio de Botafogo.)



precipitarse más tarde, en un crescendo frenético, hacia una orgiástica y tenebrosa explosión. Superpuesto al Gran Carnaval, como reverso o complemento macabro, se inició el Desfile de los Monstruos: ciegos, tuertos, mongólicos, hombres-tronco desprovistos de miembros que agarraban las limosnas con una especie de pezuña que se les había formado en el muñón, mancos que sostenían el platillo limosnero con los dientes, lisiados que se arrastraban como gusanos por la calzada soportando estoicamente los bocinazos apremiantes de los automovilistas, adolescentes perturbadas que se subían las faldas y mostraban el sexo a los transeúntes... Por entre los resquicios de los lujosos edificios de Copacabana salían a la luz un sinnúmero de ratas y escarabajos que merodeaban alrededor de las ruedas de un Cadillac o de la oreja de un negro dormido en medio de la acera sobre unos papeles de periódico. Río —Brasil— empezaba a revelarse, aunque todavía a un nivel de apariencias, como el gran país de los contrastes. La promiscuidad social, el sincretismo, lo híbrido, la miseria y la opulencia irrumpían como emanaciones de una estructura todavía oculta, que introducía fisuras en la visión totalizadora original.

Tuvo que pasar otro lapso de tiempo para que los disfraces originales se desprendieran de la piel y se nos mostrara una primera capa de desnudez. O mejor: unos

nuevos disfraces que, al fundirse con los primeros, creaban nuevas estructuras y añadían al primer contacto con el Brasil dimensiones y perspectivas radicalmente distintas. Las máscaras —festivas o macabras— cayeron de los rostros. La visión se tornó en crítica. Lo que antes eran meras impresiones que entraban por los sentidos, comenzó a adquirir significado. Detrás del golpe de bombo —o de tam-tam—, había una agresividad contenida y sabiamente encauzada. Detrás del rito, una evasión. Detrás del muñón, una realidad mucho más brutal, aunque no tan manifiesta. Cayó la máscara, se rasgó el disfraz, y apareció el hambre de un inmenso subproletariado que gasta todo su dinero en confeccionarse los más fastuosos disfraces para la Gran Fiesta Anual.

Y sin embargo, al cabo de los meses, la primera perspectiva irrumpiría de nuevo en el análisis, transformada por la repetición y el contacto con sus contrarias, destrozando, enriqueciendo o replanteando las conclusiones de la crítica. El derroche, por ejemplo, ya no sería tan sólo —o en absoluto— desperdicio o sustituto de satisfacción, sino elemento configurador de ideología. Detrás de las figuras carnales estaría el pensamiento barroco: la máscara, el disfraz, la representación, el teatro, rompiendo los límites del escenario e invadiendo todos los sectores de la vida. El rito, superficialmente considerado

como una evasión, pasaría a ser, transformado por la mirada poética, una forma de relacionarse con lo inexplicable y de aplacar a lo ignoto. Las fuerzas de la Naturaleza, conjuradas por el canto y el tambor, danzarían antropomórficamente bajo los vestidos rituales de las iniciadas. Y, en medio del trance se restablecería una comunión con el cosmos, rota durante todo el año por los fantasmas de la realidad fenomenológica. Y entonces aparecería un dispositivo conceptual abigarrado que permitiría mezclar, en un homenaje especular a lo híbrido y lo sincrético, la contemplación poética, el análisis crítico, el inventario de hazañas y experiencias, la participación ebria y el vuelo hacia la región de la Historia y de las últimas causas.

Posiblemente, para conocer bien un país se exigiría una permanencia indefinida en él. Y aun así, la ocurrencia inesperada de nuevos elementos —y de nuevas perspectivas— crearía una sensación abismal que nos llevaría a la noción de lo imposible. Así pues, este artículo no quiere ser si no una aproximación lo menos superficial posible, y desde todos los ángulos, a un país que sólo se nos mostró en cuanto totalidad al abandonarlo. Será una especie de resumen de todo lo que hemos visto, oído y leído a lo largo de tres meses, en los que recorrimos el país de punta a punta utilizando los más variados medios de locomoción. De Río a Minas Gerais,

de Ouro Preto a Bahía, de Recife al Sertao, de Piauí a la selva amazónica, de Manaus a las interminables llanuras del Matto Grosso, de Brasília a Sao Paulo, y de allí a las fértiles tierras de los gauchos, fuimos reuniendo un material que sólo ha podido ser ordenado ahora, en Lima, cuando nos hallamos sumergidos en un mundo radicalmente distinto.

1. El infierno verde

La historia del Brasil ha sido considerada tradicionalmente como una sucesión de ciclos económicos. Toda la economía brasileña, al menos hasta épocas muy recientes, ha girado, en un momento dado, alrededor de un sólo producto. Producto que, al final del ciclo, es sustituido por otro. Según esta perspectiva, se trataría de la historia de un monocultivo —o monoextracción— eternamente cambiante.

Unos han visto, en esta capacidad camaleónica, la demostración más palpable de las inmensas riquezas que encierra el país. Otros, la prueba concluyente de una indolencia atávica. Pero lo cierto es que este monocultivo crónico, que ha hecho depender siempre a la economía brasileña de los caprichos del mercado mundial, constituye una herencia de la época colonial. Mediante el Pacto Colonial, se prohibía expresamente la instalación de cualquier tipo de industrias en territorio brasi-

BRASIL

leño. Todos los productos manufacturados debían ser proporcionados por la metrópoli, a cambio de materias primas. De modo que el Brasil, a lo largo de los siglos, fue un típico producto del colonialismo: un inmenso filón del que se extraían las más variadas riquezas para alimentar las fábricas, enriquecer el comercio y financiar los proyectos nacionales e imperialistas de Europa.

Esta situación de dependencia, como es lógico, ha tenido, en muchos momentos de la Historia, grandes repercusiones políticas. Así, por ejemplo, en 1930, la caída en picado del precio del café provocó la subida al poder de Getulio Vargas. Salir de este círculo vicioso mediante la industrialización y la diversificación ha sido —y es— el telón de fondo de todos los programas políticos brasileños. Luego veremos cómo este despegue ha sido iniciado en el Brasil por la vía del capitalismo monopolista de Estado, la masiva inversión extranjera y un control fascista —y sobre explotación— de las clases populares. Desarrollo dependiente en lo económico —con el Estado como principal fuente nacional de acumulación— y fascismo en lo político, son los dos ejes alrededor de los que gira el «milagro» brasileño.

La historia empieza con la explotación del Brasil. La fuerte demanda de tintes por parte del mercado europeo hizo que ya en el siglo XVI se instalaran numerosas factorías en las riberas amazónicas, dedicadas a la extracción y comercialización del producto. Estas factorías, que originariamente eran propiedad de la Corona, constituyen el embrión de la futura presencia portuguesa en el Continente.

No obstante, el interés de la metrópoli por las tierras recién descubiertas era muy relativo. Sus objetivos prioritarios se situaban en la costa africana y el lejano Oriente. Pero la amenaza de los navíos holandeses y franceses —ávidos de participar en el fabuloso botín americano— hizo comprender a la Corona portuguesa que si no ocupaba el territorio que le había tocado en el reparto de Tordesillas, terminaría perdiéndolo. Así empezó la penetración portuguesa en América: tímidamente al principio, sin demasiada confianza en los recursos que encerraban aquellas tierras, para convertirse en una carrera enloquecida cuando, a inicios del siglo XVIII, se percibieron en Minas Gerais los primeros destellos del mágico mineral.

El comercio del Brasil —signo que, al acceder a la mayúscula, perdió su significado original, sobreviviéndolo— tuvo, sin embargo, una corta historia. Pronto los ojos de los colonizadores se diri-

gieron hacia ciertas zonas del litoral donde comenzaba a cultivarse con grandes éxitos un producto que, andando el tiempo, se convertiría en el símbolo de toda una civilización: el azúcar. Desaparecieron, pues, la factorías amazónicas, se alejaron los barcos y la selva terminó por engullir los últimos vestigios de aquella efímera presencia.

Tuvieron que pasar muchos años, hasta finales del siglo XIX, para que la región amazónica volviera a ser el centro de una febril actividad económica. Esta vez ya no se trataba del Brasil, sino de otro producto mucho más codiciado por la industria de la época: el caucho.

La impenetrable selva amazónica perdió su virginidad a manos de unos hombres solitarios, los «seringueiros», quienes, a cambio de un sueldo irrisorio que les obligaba a estar permanentemente endeudados con sus patrones, se abrían camino a golpe de machete entre la vegetación, haciendo incisiones en los árboles del caucho para extraer el látex. Picados por los mosquitos, amenazados por los monstruos de la selva (jaguars, serpientes, yacaré...) y aquejados de las más «exóticas» enfermedades, estos caboclos (mestizos oriundos del Sertao, que habían abandonado su tierra natal huyendo de la se-

quia) debían explotar en la más absoluta soledad cuatro kilómetros de selva. Semanalmente, pasaba por delante de su choza, situada en la ribera del río, un barco, que se llevaba el producto recolectado hacia los centros comerciales. Y el caboclo lo veía partir, encadenado a su «parcela» por las deudas, sin otra compañía que la guitarra y la posibilidad de entonar las canciones mesiánicas de su tierra.

Sobre este pilar de miseria y soledad, se edificó, en Belem y Manaos, una civilización tan fastuosa como efímera. Al Teatro Amazonas, de Manaos —cuya cúpula multicolor domina hoy una amalgama de casas de madera, modernos edificios de apartamentos y solares abandonados que dejan entrever, a través de la tupida vegetación, lujosas mansiones agrietadas por la selva—, acudían las mejores compañías europeas. Cuenta la leyenda —y adviértase la similitud con otras leyendas del mismo tipo— que los millonarios del caucho encendían sus habanos con billetes de 100 dólares (hoy, sin embargo, esta práctica es poco menos que imposible; no por los billetes de 100 dólares, que se amontonan por millares en ciertos bolsillos, sino por los habanos, alejados políticamente del mercado brasileño, y cuyo nombre trae amargas evocaciones a

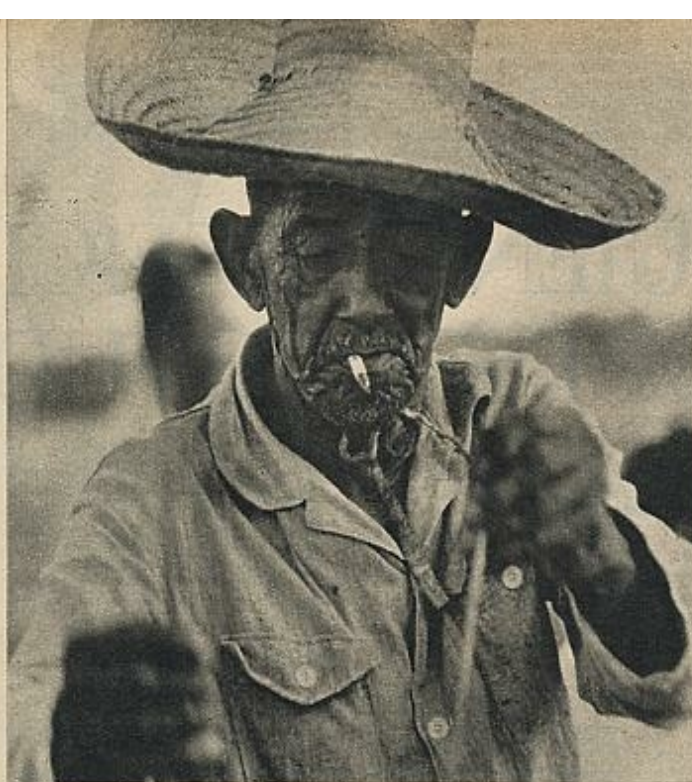
los sucesores de aquellos viejos millonarios).

En 1900, la región amazónica producía la totalidad del caucho mundial. Pero también esta vez llegaría el ocaso. Las plantaciones británicas en Indonesia y la aparición del caucho sintético fueron las causas determinantes. Y el legendario paraíso se vino abajo. La selva y los habitantes del subsuelo comenzaron a invadir las lujosas estancias de los comerciantes. El moho cubrió las estructuras metálicas de las hermanas gloriéticas modernistas. El tiempo se detuvo. Y los seringueiros tuvieron que abandonar sus cañas solitarias y emigrar río arriba, en busca de algún lugar donde poder desarrollar una precaria economía de subsistencia.

Pasó la fiebre de los tintes, se desmoronó el comercio del caucho, pero la economía amazónica siguió siendo, hasta hoy, fundamentalmente extractiva. Viajar por el Amazonas en uno de los viejos barcos de madera que surcan sus aguas de color marrón significa avanzar entre dos hileras intermitentes de serrerías, ante las que se detienen los gigantescos barcos mercantes para llevarse la madera extraída de la selva. Todos los intentos serios de colonizar el territorio han fracasado. En una y otra ribera del Gran Río —y de sus innumerables



En la desembocadura del Amazonas se encuentra la isla del Marajó, cuya superficie se aproxima a la de Dinamarca. La mayor riqueza del Marajó la constituye la ganadería.



El Brasil ha abundado, a lo largo de su Historia, en tipos solitarios, como los seringueiros de las selvas amazónicas o los vaqueros, como este de la Isla del Marajó.

afluentes, subafluentes y canales— se suceden pequeñas aldeas o cabañas aisladas, habitadas por hombres que han creído en las promesas del Gobierno, o que, de la Escala del Sertao han ido a parar a aquella Caribdis verde, sonora y paradisiaca, que llena de fascinación a todo aquel que no tiene que vivir en ella. Los esfuerzos de esos hombres por talar los árboles y convertir el terreno en campos de labranza o en pastos para el ganado tropiezan con la obsesiva capacidad regenerativa de la selva. Al final, decepcionados, hartos de emprender, como Sísifo, una tarea que ha de reiniciarse cada día, desisten en su empresa y languidecen por los alrededores de sus habitáculos dedicados a la caza y a la pesca. Otros sucumben a un nuevo reclamo y toman el barco hacia un nuevo paraíso. Pero el nuevo paraíso, situado a pocas millas de allí, no será sino la repetición de lo que acaban de dejar. Y así se configura el marco humano de aquellas latitudes. Cuando un forastero sube al barco y entra en relación con el mundo que le rodea, se encuentra con un solo hombre, dividido a efectos pictóricos en una profusión de individualidades facialmente distintas, que deambula por el río sin saber dónde caerse muerto, de una serrería a una aldea, de un

pequeño embarcadero a una cabaña aislada; hoy, cultivando un huerto que la próxima inundación convertiría en un barrizal; mañana, vendiéndose a un patrón de las nacionalidades más dispares por un salario que le permitirá comer, en el mejor de los casos, la omnipresente ración de frijoles, arroz, harina de mandioca y unos pedazos de carne casi imperceptibles.

Y sin embargo, el Estado no ceja en su empeño de colonizar el

territorio. En ello va empeñado su prestigio. El mito de las grandes reservas amazónicas —hay quien dice que los yacimientos petrolíferos de Venezuela, Ecuador y Bolivia no son sino residuos de un mar negro situado en el corazón del Brasil— impulsa unas obras públicas de carácter ciclópico, cuyo nivel épico —sabiamamente manipulado por el Gobierno, pues es uno de los grandes soportes de su propaganda ideo-

lógica— se ve contrastado por el cúmulo de miserias y crímenes que hay detrás: exterminio sistemático de la población indígena, fuerza de trabajo diezmada por las enfermedades y las picaduras de mosquito, salarios falsamente altos (las mercancías se encarecen en proporciones gigantescas por las dificultades de transporte), etcétera. Recuerdo hoy, cuando ya hace tiempo que dejamos aquellas tierras, un episodio particularmente significativo. Atravesando la selva por uno de los ramales de la Transamazónica, nuestro autobús —que a veces tenía que lanzarse a campo abierto para eludir los inmensos barrizales que jalonaban la carretera— se detuvo con todas las ballestas rotas. Quiso la suerte que el percance ocurriera junto a un puesto del Ejército, cuya misión era conservar la infraestructura vial. Entramos en la cantina y quisimos hablar con uno de los soldados. Fue imposible; estaba loco. En la pared, alguien había tachado una inscripción que decía: «Transamazónica», y había escrito otra en su lugar: «Transinferno».

Pero sí hay una epopeya en aquellas tierras. Es la que protagonizan los conductores de camiones y autocares, quienes deben salvar todo tipo de obstáculos para llevar sus mercancías —o sus pasajeros— al punto de destino. Camiones hundidos en el fango y autocares averiados son los únicos elementos artificiales que rompen un paisaje eternamente igual a sí mismo.

No obstante, las comunicaciones, a la espera del asfalto, se mantienen. Y se mantienen porque, abstracción hecha del prestigio del Gobierno, hay muchos intereses en la región. El Estado da toda clase de facilidades a quien quiera invertir en la Amazonia y el Matto Grosso. Y así se configura una de las grandes paradojas de la zona (y del país en general): Paraíso del inversor e Infierno del trabajador. Detrás de las grandes obras públicas, del gran mito de una selva convertida en piedra filosofal, están la malaria, la fiebre amarilla, la hepatitis fulminante y las más peregrinas y extravagantes dolencias tropicales; está el exterminio, por fusil o por viuela, de la población indígena; están la desnutrición, el analfabetismo y unas condiciones de vida no precarias, sino infrahumanas; está, en fin, una explotación sistemática y feroz. Milagro, sí, pero de dos caras. Como dijo alguien: «El verdadero milagro brasileño consiste en la supervivencia de los sectores sociales de menores recursos». ■ C. T.



En una y otra ribera del Gran Río —y de sus innumerables afluentes, subafluentes y canales— se suceden pequeñas aldeas o cabañas aisladas, que habitan hombres que han creído en las promesas del Gobierno.

Próximo trabajo: LAS DOS CARAS DEL MILAGRO.

¿A QUIEN BENEFICIARIA LA ESCLAVITUD?

LOS esclavos negros no estaban mal alimentados en los Estados Unidos antes de la guerra de Secesión. Siempre comían lo mismo, pero en abundancia. No vivían en familias dispersas y desmoralizadas por la trata o los abusos sexuales de los blancos. Participaban de la atmósfera victoriana de la época y tenían un sentimiento muy profundo de los lazos familiares. No trabajaban menos eficazmente que los granjeros blancos del Norte; lograban en las plantaciones una productividad superior a la de la agricultura libre. La esclavitud no murió por sus contradicciones económicas: constituía un modo de producción muy próspero cuando la victoria del Norte terminó con ella. La abolición de la esclavitud también se hubiera decidido, según los autores, por razones morales.

¿Quién lo dice? ¿Quién destruye todos los credos americanos? ¿Un provocador? ¿Un publicista provocador? Nada de eso: dos austeros especialistas de Historia Económica: Robert Fogel y Stanley Engerman, profesores en Chicago y en Rochester, y padres y fundadores de la «cliometría», es decir, de una Historia cuyos datos son tratados cada vez más en lenguaje matemático. No son reaccionarios, y su corazón está a la izquierda. Pero los resultados de los diez años de investigaciones que presentan al público constituyen la meticulosa refutación de una cierta Historia mitológica de la esclavitud en los Estados Unidos. «Time on the cross» (1), título de su libro, es lo opuesto a «La cabaña del Tío Tom».

En los Estados Unidos constituye el escándalo intelectual del año. Estos historiadores son discutidos por los liberales, que les reprochan imaginar a los esclavos felices y no haber sabido apreciar lo «vivo» por la esclavitud. También son discutidos por los marxistas y por todos los que creen en una marcha de la Historia según un determinismo puramente económico. Han respondido a los primeros que rehabilitaban a los negros, y no a la esclavitud. A los segundos les recuerdan los análisis de Marx sobre el relativo equilibrio de las sociedades feudales sometidas al servilismo y el estallido de esas sociedades con la aparición del capitalismo «libre». Francis Furet y Emmanuel Le Roy Ladurie entrevistaron a Robert Fogel, a su paso por París.

—¿Por qué la esclavitud? ¿Qué

lugar ocupa un tema de este tipo en el campo de la historiografía americana?

ROBERT FOGEL.—La esclavitud es la cuestión capital de la historiografía americana. En los hechos, la esclavitud es el fenómeno que

—Fue, de hecho, el punto de partida de un gran esfuerzo de cliometría, que trata de utilizar métodos matemáticos en la búsqueda histórica.

—¿Qué es la cliometría? ¿Cómo se ha desarrollado la discipli-

—Muchos historiadores de los Estados Unidos han afirmado que la esclavitud había destruido la personalidad de los negros americanos, así como su formación profesional. ¿Qué piensa usted de esas afirmaciones?

—Existe, en efecto, una teoría según la cual la esclavitud comprometió gravemente las posibilidades que existían para un desarrollo cultural de los negros (me refiero a «desarrollo cultural» en el sentido más amplio; un sentido que incluye la cualificación profesional, una vida familiar equilibrada...). Esa teoría es extremadamente insidiosa y el origen de muchos errores, muy difundidos, que llegan a la conclusión de una inferioridad cultural de los negros.

—Ahora bien, nuestra investigación prueba que todo eso carece de fundamento. A pesar de la esclavitud, sistema inmoral y opresi-

E. Le Roy Ladurie y F. Furet

casi rompe la unidad nacional y divide en dos a los Estados «unidos». En muchos aspectos, el legado histórico de la esclavitud continúa dominando entre nosotros la vida política. El problema de las relaciones entre las razas representa el sector más candente de nuestra existencia nacional. Y seguirá siéndolo mientras que la

na cliométrica en los Estados Unidos?

—Cliometría es el nombre que se da a toda empresa intelectual que se esfuerza en aplicar modelos matemáticos para explicar o elucidar el comportamiento de los hombres en la Historia. En los Estados Unidos, ese tipo de trabajo comenzó en principio con dos



Los estudios revelan que no hay huella de sentimiento marcado de inferioridad. Luchaban para triunfar dentro del sistema, dentro de los límites que éste les imponía. El poder negro sigue significándose ciertamente en las pistas de competición.

cuestión negra siga planteada en los términos actuales.

—Partiendo de esta constatación, ustedes se preguntaron si el sistema de plantaciones esclavistas era ventajoso o no, «racional» o «irracional». ¿Considera usted este interrogante como punto de partida de sus estudios?

artículos publicados por Alfred Conrad y John Meyer a finales de los años mil novecientos cincuenta. Uno de esos artículos era un ensayo de la metodología. En el otro, más importante y más famoso, los dos autores utilizaban esa metodología para investigar la economía de la esclavitud.

vo, los negros, aun esclavos y como esclavos, fueron capaces de adquirir cualificaciones y una vida cultural auténtica. En realidad, nuestras fuentes, matemáticamente explotadas, indican que los esclavos negros no eran ni perezosos ni incompetentes. Figuraban entre los trabajadores más produc-

(1) «Time on the cross». Dos volúmenes. Little Brown, 1974. El libro será próximamente traducido al francés.